

walter riso

maravillosamente

imperfecto,

escandalosamente

feliz

PREMISA LIBERADORA I

MALTRATARTE A TI MISMO PORQUE
NO ERES COMO «DEBERÍAS SER»,
ES ACABAR CON TU POTENCIAL
HUMANO

Necesitas más energía para destrozarte a ti mismo
que para construir un poco de felicidad.

KRISHNAMURTI

La estúpida costumbre de aporrear el «yo»
y sentirse satisfecho por ello

He aquí un *mandato irracional perfeccionista* que hunde en la depresión
a millones de personas en el mundo:

**«Si quieres salir adelante y estar por encima de la mayoría,
tienes que darte duro y sacar callos.»**

Lo siento por aquellos fanáticos de la penitencia, pero les aseguro que la vida no es un entrenamiento en artes marciales. Una cosa es el esfuerzo inteligente y otra el azote irracional para «endurecerse». Los consultorios están atestados de gente que, debido a este mandato, solo ve lo malo de sí misma o se maltrata porque no es como «debería ser». Pese al aparente culto al placer y la autoindulgencia existente en la posmodernidad, la depresión debido al autocastigo psicológico se ha acrecentado y se ha profundizado, a pesar de que muchos pongan cara de hedonistas realizados. En la carrera hacia la perfección, ¿quién no se ha mirado al espejo alguna vez y ha soltado un profundo: «¡Qué cansancio!»?

Nos creemos el cuento del superhéroe o la chica maravilla, lo asimilamos, lo metemos a fuego en nuestra base de datos y funcionamos con esos lastres como si estuviéramos destinados a la grandeza.

Una creencia que acompaña al anterior mandato y lo refuerza es la siguiente: «No debo permitirme ninguna falla, si quiero triunfar. El menor error debe ser drásticamente sancionado y removido». Autocastigo en estado puro: no solo te vuelves perfeccionista de tu propio ser, sino que te das látigo y además te sientes satisfecho por «el deber cumplido».

La necesidad de una excelencia inalcanzable se enquistaba en el cerebro y se desarrolla hasta convertirse en una epidemia interior que te impulsa a maltratarte si te desvías del «camino recto». Aquí nace y se afina el verdugo interior que te susurra malignamente: «No estás a la altura de lo que deberías ser».

¿Qué hacer? La mejor opción es rebelarnos contra esta manera de pensar y lograr que nuestro organismo revierta el proceso autodestructivo para cambiar castigo por compasión, y rechazo por aceptación. Insisto: jamás serás psicológicamente perfecto y, como verás a lo largo de este libro, no necesitas serlo para tener una buena vida.

Tres maneras de «darse duro»,
de las cuales no siempre somos conscientes

A continuación, señalaré tres maneras de hacerse daño a uno mismo y algunas sugerencias para modificarlas: (a) insultarse y criticarse exageradamente, (b) sobregeneralizar aspectos negativos de uno mismo, y (c) fabricar y colocarse etiquetas emocionales destructivas. Estos modos de flagelarse para «sacar callos» son promocionadas por el mandato del autocastigo y la autodisciplina a ultranza, en tanto son considerados requisitos del «perfeccionamiento mental» al mejor estilo espartano.

INSULTARSE Y AUTOCRITICARSE EXAGERADAMENTE

Está comprobado que si te insultas o te criticas rígida e injustamente, tu potencial humano y tus capacidades se bloquean o disminuyen. Recuerdo el caso de un joven que había empezado a jugar tenis de manera profesional y era visto por todos como una gran promesa. Sin embargo, tenía su talón de Aquiles: no podía soportar sus errores en la cancha. No me refiero a que simplemente se disgustara, a nadie le gusta perder, sino que cuando el golpe no era preciso o se equivocaba, se flagelaba mentalmente. Una cascada de agravios y ofensas autoinfringidas caían como piedras: «¡Estúpido!», «¡Mal nacido!», «¡No sirves para nada!», «¡Dedícate a otra cosa!», «¡No eres más que un pobre infeliz!», y así. La conclusión de semejante ataque despiadado solía ser siempre la misma: «No merezco ganar». Este pensamiento afectaba negativamente la motivación y, como una gran profecía autorrealizada, simplemente perdía, aunque estuviera adelante en el marcador. Jugaba muy bien hasta cometer dos o tres equivocaciones y, a partir de allí, ante la mirada atónita de su entrenador y de sus seguidores, entraba en una cuesta abajo liderada por él mismo. Cuando logró cambiar su lenguaje interno por uno más objetivo y benévolo, y aceptó la «imperfección natural» que acompañaba su juego (como cualquier tenista), pudo mejorar y disfrutar los encuentros sin hacer pataletas. Su nueva voz interior se orientó a dos cuestiones: (a) intentar resolver el problema en cuestión («Debo cambiar este golpe», «Estoy inclinando la raqueta», «Es mejor no acercarme a la red») y (b) dándose ánimo y motivación («Soy capaz», «No debo darme por vencido», «Voy a superar este momento»), en fin, besos y aplausos invisibles de él para él. Su hándicap subió ostensiblemente.

El círculo vicioso del insulto interior es terrible: cuanto más te castigues, más ansioso y/o deprimido estarás y menor será tu rendimiento, por lo que confirmarás tu incapacidad y nuevamente te tratarás mal. La involución «perfecta».

SOBREGENERALIZAR ASPECTOS NEGATIVOS DE UNO MISMO

La sobregeneralización nociva es una distorsión del pensamiento o error mental, aplicado a uno mismo o a las cosas, por la cual la persona percibe un patrón global de negatividad a partir de un único y simple incidente. Dicho de otra manera: se llega a una conclusión negativa que va mucho más allá de lo que sugiere la situación. Continuando con el tema del deporte, supongamos que un hombre o una mujer joven, empezando en atletismo, dijera: «Como no superé mi marca en la competencia, *mi vida como atleta se ha acabado*» o «Como no superé mi marca en la competencia, *soy un mal atleta*». A partir de un único incidente (*no superar la marca*), se concluye por generalización que ya no podrá ser un buen atleta (*patrón global de negatividad*). Cuando quieras hacer uso de la crítica, refiérete siempre a tu conducta y no a tu esencia. ¡Quítate la marca de la cabeza!

Presentaré algunos ejemplos de pensamientos negativos sobregeneralizados manifestados por muchos pacientes, y luego cómo cuestionarlos. Podrás observar que en cada uno de ellos se parte de un hecho concreto, se hacen interpretaciones erróneas y luego se salta de manera ilógica a una conclusión categórica negativa de sí mismo.

- «He cometido algunas equivocaciones en el trabajo, por lo tanto, soy un inútil.»
¿Por qué deberías ser un «inútil»? Cualquiera comete algunos errores. Además, ¿de dónde sacas que seguirás equivocándote?

Las personas aprenden por ensayo/error y tú no escapabas a ese principio. En vez de gastar tiempo en lamentarte y darte duro, trata de aprender de tus metidas de pata. Busca las causas: podrías tener alguna preocupación específica que te lleva a estar desatento o que el estrés esté haciendo de las tuyas o que no comprendiste bien la tarea que se te asignó, en fin, posibilidades hay muchas. Pero de ahí a darte con un garrote y afirmar que eres un inútil, hay un trecho muy largo. Según el diccionario, «inútil» significa: inservible, que no sirve para nada. ¿Aplicas a esa definición? ¿No sirves para nada? Es estadísticamente imposible.

- «Me ha dejado mi pareja, por lo tanto, no soy querible.»
¿Por qué concluyes que si *una* persona no te quiere, *ninguna* te querrá? ¿Cómo das ese salto deductivo? ¿Quién te dijo que debe amarte todo el mundo? ¿Cómo llegas a la conclusión de que *no eres querible*? Pues lo siento, no importa cómo seas, por pura estadística, alguien te amará. Suelta las redes y deja que el amor toque tu puerta. Si te encierras, nadie sabrá que estás «disponible».
- «No he logrado tener dinero, por lo tanto, soy un fracaso.»
No seas injusto con tu persona. No te llares fracasado. El éxito no solo se mide en metálico, sino también en satisfacciones y crecimiento personal. Debe de haber muchas cosas en las que te va bien. Quizás hayas formado una familia, eres un buen hijo o hija, a lo mejor triunfaste en el amor...; en fin, mira todo el menú que conforma tu vida, y encontrarás que la categoría «fracaso» no se puede generalizar. Uno pierde batallas, es verdad, pero no necesariamente la guerra. Si no eres un millonario o

una millonaria, sigues siendo humano y eso te da unas posibilidades impresionantes. Piénsalo. Como dice el refrán: «Un tropezón no es caída», y si de todos modos vas a calificarte o etiquetarte, al menos hazlo racionalmente.

- «Los amigos no me duran, por lo tanto, soy una persona poco interesante y aburrida.»

¿De dónde sacas que debes «divertir» a tus amigos, como si fueras el bufón del rey? Mis mejores amigos han sido los que hablan poco y me escuchan con paciencia. Ser amigo tampoco requiere poseer conocimientos profundos de un tema o saber contar chistes. Si no te duran tus amistades, quizás sea porque tu prevención los aleja o posiblemente los elijas mal. En todo caso, sigue intentándolo sin sancionarte. No hagas una inferencia arbitraria autodestructiva con respecto a tus habilidades sociales. Podrías decir: «Es raro que los amigos no me duren, estudiaré y analizaré con calma por qué pasa esto», sin apresurarte a colgarte el cartel de «poco interesante».

- «Mi hijo es muy inquieto y no sé cómo manejarlo, por lo tanto, como madre soy un desastre.»

Ser una buena madre es ser responsable y preocuparse por sus hijos. No nos enseñan a ser padres, y menos si los niños son difíciles. Contesta estas tres preguntas: ¿Te duele el dolor de tu hijo?, ¿te alegra su alegría?, ¿darías la vida por él? Si las tres respuestas son afirmativas, estás del lado de las madres sensibles y afectuosas, es decir, de las buenas madres. Que no sepas cómo manejarlo o controlarlo, lo único que dice de ti es que te falta aprendizaje. Si realmente conocieras madres «desastrosas», te sorprenderías de lo lejos que estás de esa categoría. Pide

ayuda, que alguien te enseñe y dale a tu papel de educadora una oportunidad científica, sin olvidar que una madre «perfecta» es una pesadilla para un hijo normal e «imperfecto».

Pensamientos negativos no siempre conscientes, como los anteriores, afectan tu autoestima a diario. Llevamos internamente la dudosa cualidad de sobregeneralizar a partir de unos pocos hechos y colgarnos etiquetas que funcionan como lápidas.

En un antiguo monasterio, un discípulo cometió un grave error y a raíz de ello se dañó un sembrado de papas. Los demás esperaban que el Instructor Principal, un anciano venerable, le aplicara un castigo que sirviera de ejemplo. Pero cuando al cabo de un mes vieron que no pasaba nada, uno de los discípulos más críticos le dijo al viejo instructor: «¿Cómo puedes ignorar lo sucedido? Después de todo, Dios nos ha dado ojos para mirar...».

«Claro», respondió el anciano, «pero también nos dio párpados».¹

Si no es cuestión de vida o muerte, a veces es bueno hacer la vista gorda, relajar la atención y dejar que las experiencias ocurran sin ponerles tantas condiciones. Recuerdo a una mujer que estaba sentada a mi lado en un viaje aéreo por los lagos del Sur. Mientras cruzábamos de Argentina a Chile, me dijo en un momento: «¿Usted no cree que esa montaña está muy tirada a la derecha?». Algunas cosas son como son, y punto.

FABRICARSE Y COLOCARSE ETIQUETAS EMOCIONALES DESTRUCTIVAS

Este fenómeno es una manía social y algunos psicólogos piensan que se trata de un déficit de nuestro cerebro, siempre en busca de la

categorización y la clasificación. Nos encanta colgar rótulos y definir a la gente para poder predecir sus comportamientos o saber a qué enfrentarnos. Estos estereotipos psicológicos y sociales van definiendo la personalidad del etiquetado como una profecía que se cumple a sí misma. Por ejemplo: si en tu infancia tus padres y profesores dudaban de tus capacidades intelectuales, es probable que te hayan tratado como una persona poco inteligente y ese trato haya limitado algunas de tus potencialidades.

Para vencer el peso de los rótulos hay que hacer un trabajo interior con el fin de quitarte el señalamiento, empezar a valorarte no por el «título que te han puesto» sino por el contenido de tus pensamientos, conductas y sentimientos. Lo que eres de verdad. No necesitas que algún especialista en estadística agrupe tus características y te bautice. No eres un ser totalmente estable e impertérrito. Puedes cambiar y volver a cambiar, y hacerlo otra vez, testarudamente, haciendo trizas la inscripción que te colgaron. Eres vida en perpetua evolución, tu ser es impermanente (Buda) y se inventa a sí mismo a cada instante (Sartre).

Días después que atentaran contra su vida, Buda se cruzó con el hombre que había querido matarlo y lo saludó afectuosamente.

«¿No está enfadado conmigo, señor?», preguntó el hombre, muy sorprendido.

«No, claro que no», respondió Buda.

«¿Por qué?», inquirió, sin salir de su asombro.

Y el Buda dijo:

«Porque ni tú eres ya el mismo que arrojó la roca, ni yo soy ya el que estaba allí cuando me fue arrojada».²

¡Y solo había pasado un día! Estamos metidos en el flujo de la existencia donde nada se pierde y todo se transforma. Y si tu lado más conservador es resistente al cambio, pelea con él; estancarte es morir lentamente, es acabar con tu capacidad adaptativa. Quítate los epitafios de encima, aún estás vivo.

El paciente «cabezón»

Recuerdo a un paciente que cuando acudió a su primera cita, luego de decirme su nombre, agregó: «Pero puede llamarme: “El cabezón”». Le pregunté si era un apodo y me respondió que en realidad ya se había convertido en un complejo, porque él sabía que tenía la cabeza más grande de lo normal, y que precisamente ese era el motivo de consulta. Desde pequeño lo habían rotulado con ese alias, incluso algunos profesores del colegio. Por otra parte, él atribuía su escaso éxito con las mujeres a que tenía una cabeza muy grande y como anticipaba el rechazo, evitaba acercárseles. En realidad, su cabeza era normal, pero él se odiaba a sí mismo por sentirse imperfecto y físicamente desproporcionado. Su distorsión en la autoimagen había crecido con el tiempo, por lo cual se había encerrado en sí mismo y aislado socialmente. Un día, conoció a una chica de la universidad que le gustó mucho. Al poco tiempo, quiso invitarla a salir, pero le daba vergüenza. En una cita me dijo: «Imagínese, yo con semejante cabeza, invitarla a salir». Le expliqué que su cráneo no era desproporcionado respecto de su cuerpo e intenté demostrárselo de diversas maneras: pedí ayuda a un médico para que lo viera y tratara de convencerlo, medí su cabeza varias veces, consultamos manuales de anatomía y apliqué varias técnicas cognitivo-conductuales pero, por desgracia, la visión negativa que tenía de sí

mismo era muy resistente al cambio. Llegué a la conclusión de que la única forma de cambiar su autopercepción era enfrentar algunas de las situaciones que estaba evitando debido a su supuesta «deformidad». Decidimos entonces comenzar con su compañera de clase e invitarla a salir. Enfrentar el posible rechazo como si fuera un kamikaze, sin ocultarle nada y decirlo todo de frente. Lo ensayamos varias veces para bajar la ansiedad anticipatoria. Además, como la joven se mostraba muy simpática con él y le hablaba en ocasiones (aunque según él, sin apartar la mirada de su cabeza), había una lejana esperanza de que no lo mandara a freír espárragos. Un día, a la salida de la universidad, mi paciente se le acercó y le dijo atropelladamente: «Hola, me gustas, pero no te he invitado a salir por el tamaño de mi cabeza... Por eso creo que te daría vergüenza estar conmigo... por la cabeza... digo...no sé...», y se quedó mirándola como hipnotizado. De más está decir que no siguió ninguna de las pautas ensayadas y que no fue la mejor manera de invitarla a salir, pero por esas cosas del destino, la mujer soltó la carcajada: «¡Qué me dices! ¡No entiendo nada...!», y continuó riendo. Él respiró profundo y siguió siendo sincero y valiente. Le dijo a quemarropa: «Yo me he dado cuenta de que me miras la cabeza todo el tiempo». Y ella le respondió con picardía: «Lo que miro es tu pelo color café que me parece hermoso...». Y esa retroalimentación, esa simple respuesta, pudo más que mil horas de consulta. Siguieron las salidas a tomar café, las idas al cine y su primera experiencia sexual. Volvió al cabo de los años, muy seguro de sí: su motivo de consulta era que quería cambiar de trabajo. Cuando me saludó, me recordó su nombre, sin apodos.

El arte de sentirse fracasado, sin serlo

En psicología se explica que los humanos establecemos todo el tiempo atribuciones sobre las posibles causas de lo que nos ocurre. Por ejemplo: si te sientes mal por cometer un error, puedes escapar al desasosiego haciendo atribuciones *externas* (la causa del error no dependió de mí), *inestables* (es probable que no vuelva a ocurrir) y *específicas* (no ocurrirá en otras situaciones distintas) sobre el fracaso.

Veamos dos formas de encarar un mismo problema. La primera te libera, la segunda te hunde y te acerca a la sensación de fracaso:

- Supongamos que te va mal en un examen y aplicas este tipo de atribuciones: piensas que el profesor exigió demasiado (*causa externa*), que la insuficiencia académica es un hecho aislado y no tiene por qué volver a ocurrir (*causa inestable*) y que esta falla no afectará otras materias (*causa específica*). Una persona que piensa así, si es realista, honesta y asume su responsabilidad *real*, no se sentirá mal ante el fracaso ni se autocastigará. Se tratará con cuidado y respeto. No pensará que es un desastre, ni atribuirá todo el fracaso a su persona como consecuencia de una generalización irracional. Se dará otra oportunidad.
- Supongamos ahora el caso opuesto, que ante un mal resultado en un examen la persona piensa que la causa es: *interna* («El error dependió totalmente de mí», «Soy el responsable único de lo ocurrido»), *estable* («Siempre me ocurrirá lo mismo») y *global* («Seguiré fallando en los exámenes de distintas materias»). Con este razonamiento la conclusión y rotulación final es apenas obvia: «Soy un fracaso, no soy capaz, soy una perso-

na poco inteligente y no tengo forma de evitarlo». Atrapado en la más profunda decepción de uno mismo.

Es este segundo caso el que te llevará indefectiblemente a la depresión si lo aplicas con frecuencia, ya que asumes toda la responsabilidad del hecho sin atenuantes e injustamente y lo atribuyes de manera categórica a *tu escasa capacidad intelectual*. Inescapable. Además, como si no fuera suficiente, haces un pronóstico catastrófico de tiempo y lugar a seguir fracasando en cualquier situación académica. ¿Cómo podrías sentirte bien pensando de esta manera?

Aunque te parezca extraño, muchas familias y centros educativos estimulan este tipo de reflexiones pensando que si te exiges exageradamente y ves un futuro gris, te esforzarás para evitarlo y aprenderás a ser mejor a base de sufrimiento y una autoexigencia despiadada. Los psicólogos cognitivos decimos que esta manera de interpretar los hechos negativos (atribuciones *internas, estables y globales* para el fracaso), llevada al extremo, te arrastrará a sentirte un miserable, y profundamente imperfecto, sin serlo.

El mejor antídoto contra el autocastigo:
la autoaceptación por encima de todo

Te propongo un trípode de autoaceptación, tres aspectos o premisas sobre las cuales sería conveniente reflexionar y conjugarlas para ser una persona menos vulnerable al autocastigo y más propensa al bienestar: (a) *autoaceptación radical* (orientada a la valía personal y a tu propio ser), (b) *la ciudadela interior* (el autogobierno psicológico) y (c) *el cuidado de sí: el amor propio en acción* (desarrollar autocompasión y amabilidad afectiva dirigida al propio «yo»). Veamos cada una en detalle.

AUTOACEPTACIÓN RADICAL

Cuando una persona dice: «No me acepto como soy, no valgo nada», ya se está instalando en una patología depresiva. «Aceptación radical» significa aceptar sin excusas y de manera total tu ser, aunque tengas defectos y cosas negativas por cambiar. Implica reconocer que posees un valor intrínseco por el solo hecho de estar vivo o viva. Puedes avanzar, superar tus vicios, fortalecer tus virtudes, y seguir siendo maravillosamente imperfecto: tu valía personal, ya sea que triunfes o fracasas, nunca estará en juego. Por eso no tienes precio y no estás en venta como un artículo de consumo (o no deberías): eres un fin en ti mismo. ¿Y si el defecto es inmodificable? Pues solo queda aceptarlo en su real dimensión y/o mantenerlo bajo control si resultara dañino para uno o para otros. Lo importante es que no te descalifiques a ti mismo ni te condenes por poseerlo.

Decía un maestro espiritual: «La persona que ha alcanzado la iluminación es la que ve que todo en el mundo es perfecto tal y como es». «¿Y qué me dices del jardinero?», le preguntó alguien, «¿también es perfecto?».

El jardinero del monasterio era un jorobado.

Y respondió el maestro: «Para lo que se supone que ha de ser en la vida, el jardinero es un jorobado perfecto».³

Algunos defienden una aceptación «condicional», cuyo principio afirma: «Debes ganarte el amor a ti mismo haciendo cosas extraordinarias» o «Tu autoestima depende de tus logros o éxitos». Esto es tan absurdo, como decir, por ejemplo, que solamente querré y aceptaré a mis hijos si son buenos estudiantes o se portan bien. ¿Quién se vería identificado con semejante afirmación? A nuestros hijos los

queremos hagan lo que hagan, aun cuando a veces no estemos de acuerdo con su conducta.

Aceptarte de manera incondicional es aceptarte existencialmente, *más allá de tus acciones y de lo que piense la gente de ti*. Lo importante es que te ames y no te odies por lo que haces o dejas de hacer. Si ves cosas en ti que no te gustan, pues trabaja para cambiarlas, pero sin degradarte, como si un amigo ayudara a otro que está en dificultades. Aceptarte radicalmente, entonces, no es hacer una apología del ego, sino tratarte a ti mismo con respeto y consideración, tanto en las «buenas» como en las «malas».

Sumido en la tristeza, Pedro se reunió con su amiga Gloria en un bar a tomar un café. Deprimido, descargó en ella sus angustias... que el trabajo, que el dinero, que la relación con su pareja, que su vocación... En fin, parecía que toda su vida andaba mal.

En un momento dado, Gloria abrió su billetera y sacó un billete de 100 dólares, y le dijo: «¿Quieres este billete?». Pedro, un poco confundido, le contestó: «Claro... son 100 dólares, ¿quién no los querría?».

Gloria tomó el billete y lo arrugó hasta hacerlo una pequeña bola. Se la mostró y volvió a preguntarle: «Y ahora, ¿lo quieres también?». Sorprendido, Pedro respondió: «No sé qué pretendes con esto, pero siguen siendo 100 dólares. Si me lo das, lo tomaré sin duda».

Entonces Gloria desdobló el billete arrugado, lo tiró al suelo y lo resregó con el pie, levantándolo: «¿Lo sigues queriendo?», preguntó. Pedro manifestó: «No entiendo a dónde quieres llegar, pero es un billete de 100 dólares y mientras no lo rompas, conserva su valor».

Gloria permaneció unos segundos en silencio, y agregó: «Mira, Pedro, debes saber que aunque a veces algo no salga como quieres, aunque la vida te arrugue o te pisotee, sigues siendo tan valioso como siempre lo has sido. Lo que debes preguntarte es cuánto vales

en realidad y no lo golpeado que puedas estar en un momento determinado».

Pedro se quedó mirando a Gloria sin saber qué comentar, mientras lo que ella le había dicho penetraba fuertemente en su alma y su cerebro.

Gloria puso el arrugado billete a su lado en la mesa y con una sonrisa cómplice agregó: «Toma, guárdalo, para que te acuerdes de esto cuando te sientas mal... pero me debes un billete nuevo de 100 dólares para poder usarlo con el próximo amigo que lo necesite. Le dio un beso en la mejilla y se alejó hacia la puerta. Pedro volvió a mirar el billete, sonrió, lo guardó y con una renovada energía llamó al camarero para pagar la cuenta...⁴

LA «CIUDADELA INTERIOR»

Dejar de ser víctima es una decisión. Hay una parte de ti que es capaz de negarse al sufrimiento, no aceptarlo y «borrarlo enseguida», como decía Marco Aurelio. No asentir sumisa y resignadamente al impacto de los hechos es ubicarte en lo que algunos estoicos llamaban la *ciudadela interior*: aquel lugar donde la información que llega de afuera no se impone a la fuerza en tu interior, porque en ese lugar tú posees el poder de aceptar u objetar el impacto que los hechos ejercen sobre ti. Por ejemplo, si alguien te insulta (hecho objetivo), podría producirse en ti una representación mental muy negativa: «Es horrible que me desprecien», pero en ese espacio personal e inviolable de libertad, que es absolutamente tuyo, tú podrías no aceptar esa representación, por considerarla dañina para tu autoestima, y mantener un diálogo interno menos obsecuente, como por ejemplo: «El insulto me parece horrible porque me lo tomo en serio, porque de alguna manera me importa lo que piense esa persona de mí, sin embargo, me desprendo de ese lazo, me desapego del que dirán. He *decidido*

que no me importe. Mi paz interior es más importante». Nadie te puede obligar a aceptar en tu pensamiento lo que no quieres aceptar: este es tu don, tu facultad, tu ciudadela interior. El último pensamiento es tuyo.

Las cosas no tienen por qué tocar tu alma ni tu mente si no quieres, sin tu consentimiento: depende de ti. Una posibilidad es dejarlo correr, y decir: «Mi yo se transforma ahora en una banco de niebla, todo lo que pudiera lastimarme pasa de largo». O, como ya mencioné, oponerte racionalmente al invasor: «Mi vida y mi felicidad no depende de que unos cuantos personajes me aprueben». Es decir, tu «discurso interno», «borra», se enfrenta, contradice y hace a un lado el impacto del ataque. Tú eres quien decide en última instancia si te dejas afectar o no y eso sí que es una buena nueva.

Lo que realmente importa es que tu fuero interior no te puede ser arrebatado. Tus gustos, tus sueños, tu vocación más arraigada, nadie podrá apropiarse de ella. En lo más profundo de tu ser, eres intocable. Analiza el siguiente relato de Eduardo Galeano y medita sobre él.

Se dice que era un mago del arpa. En la llanura de Colombia no había ninguna fiesta sin él. Para que la fiesta fuese fiesta, Mesé Figueredo tenía que estar allí con sus dedos bailadores que alegraban los aires y alborotaban las piernas.

Una noche, en un sendero perdido, fue asaltado por unos ladrones. Iba Mesé Figueredo de camino a unas bodas, él encima de una mula, encima de la otra su arpa, cuando unos ladrones se le echaron encima y lo molieron a palos.

A la mañana siguiente, alguien lo encontró. Estaba tendido en el camino, un trapo sucio de barro y sangre, más muerto que vivo. Y entonces aquella piltrafa dijo con un hilo de voz:

—Se llevaron las mulas.

Y dijo también:

—Se llevaron el arpa.

Y, tomando aliento, rio:

—¡Pero no se han podido llevar la música!⁵

Hay un espacio de reserva personal, absolutamente tuyo, en el cual te recreas, inventas y juegas. Y esto, estimado lector, te hace tan fuerte como un roble, tan imponente como un monte. Es tu fortín, el lugar donde tu humanidad se confirma. Montaigne decía: «Lo más grande de este mundo es saber estar con uno». Cara a cara contigo mismo, sin cosmética, a corazón abierto. ¿Te animas?

EL CUIDADO DE SÍ: EL AMOR PROPIO EN ACCIÓN

¿Realmente te cuidas a ti mismo? No me refiero al cuidado físico (lo cual también es imprescindible), sino al cuidado emocional y psicológico. ¿Te acercas a ti mismo con desatino, dureza y crueldad o por el contrario te relacionas con tu propia persona como un amigo o una amiga, con compasión (lo tomo en un sentido budista y no como «lástima»)? Que tu dolor no solo te duela y lo comprendas, sino que hagas algo por remediarlo, una especie de mezcla entre eficiencia y amor, sobre todo esto último.

Cuando te encuentres tratándote mal, activa la consideración, las buenas maneras, la cortesía, la amabilidad, y pídetе disculpas. Sí, disculpas, como si no fueras tú mismo. El cuerpo escucha, la mente asimila. Cuando hablas contigo mismo trata de que las conversaciones sean conscientes; invítate a salir, ve a un restaurante y háblate descarnadamente de «yo a yo», poniendo plena atención a lo que te dices y respondes. Revisa lo malo y mejora lo bueno, pero no desde el castigo. Tu ser, tu «yo», es el instrumento con el que debes enfren-

tar la vida y adaptarte, en un sentido evolucionista y no sumiso: si lo dañas, te quedarás a la deriva y sin herramientas.

¿Debemos eliminar la autocrítica? ¡Por supuesto que no! Esa es tu brújula interior, el punto de referencia personal del cambio y el mejoramiento personal. ¿Cómo avanzar psicológica y emocionalmente si no ves tus fallas y las señalas? Lo que sería deseable es que aplicaras una autocrítica razonable, compasiva y empática, y no una cascada de agravios e insultos a tu persona. Si la autocrítica no se acompaña de una salida constructiva, es castigo puro y cruel. La mejor opción es verte identificado con tu sufrimiento y comprenderlo, para luego eliminarlo.

